

mas como son rudimentos de nuestros encantamientos, está su estilo intrincado; vuelve aquí dentro un hora, lograréis gustos los dos.

LEONOR. Querido Ismael, adiós.
ISMAEL. Adiós. ¿Volveráste mora?
BRITO. Conforme huere el moral.
ISMAEL. Adiós, luz de mi esperanza.

(Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos el Moro.

BRITO. Si mora dice tardanza, vendrá á ser mora, y qué tal.
EGAS. Alto, á subir á caballo.
BRITO. No hay, si dos (1).
EGAS. Vendrá en mi gropa;
BRITO. yo Jove, Leonor mi Europa.
Pues Galgui morisco, adiós.
(Suben desde el tablado á caballo los tres, ella á las ancas del de don Egas, y salen á las voces del moro Ismael y otros, y púedalos seguir á caballo y escaramuzar.)
BRITO. (Adentro.) Aprisa, que mos espía un perro, y temo que lluevan virotazos.
MORO. ¡Que nos llevan á Leonor!
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Seguidlos, vasallos míos; volad, cual vuelan mis celos. ¿Sufriréis, ingratos cielos, tal burla?
BRITO. Sí, moreríos.
ISMAEL. Corred, que queda abrasada el alma entre mis pasiones.
BRITO. Acá corremos los nones, y allá vos cupo nonada.
ISMAEL. Tocad al arma, africanos. (Al arma.) mis ejércitos juntad: por Alá eterna deidad que he de hacer en los cristianos tal destrozo, que no quede memoria de su bautismo. De incendios soy un abismo, sufrirme el mundo no puede; abrase la llama mía cuanto el sol con rayos doma.
BRITO. Perrazos, ¡cola Mahomal
ISMAEL. ¿Hay más mal?
BRITO. ¡Sí, moreríal

(1) Así en el original; pero deben los dos reducirse á un solo verso en esta forma:

EGAS. A caballo.

BRITO. No hay si dos.

EGAS. La dama vendrá en mi gropa, etc.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen marchando DON ALFONSO ENRÍQUEZ, DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO y los más cristianos que pudiesen.

ALFONSO. No marchen más, hagan alto.
TODOS. Hagan alto.

ALFONSO. Aquestos son los campos que mi nación llama de Obrique. En el alto cerro que mi gente agora ciñe, y el sol siempre adula (cuya cumbre se intitula «Cabezas del Rey»), mejora de sitio nuestro pequeño ejército; trece mil somos no más contra el vil ismaelita. Ya mi imperio, portugueses valerosos, de suerte adelante está, que el retirarnos será descredito. En tan forzosos lances, contra tanta suma de infieles como nos cerca, tal vez el ánimo merca dichas que jamás consume el tiempo; vuestro consejo con todo eso necesito, vuestro valor solicito; cada cual es un espejo de la fe que defendemos, de la fama que intentamos. Los capitanes estamos juntos aquí; consultemos lo que en tan preciso caso cada uno siente y desea; pero con tal que no sea dar atrás un solo paso.

GONZAL. Gran señor: temeridades que traen consigo imposibles causan desastres terribles y anuncian adversidades. Cinco ejércitos están á nuestra vista de infieles; contra tantos, ¿qué laureles trece mil conseguirán? De ducientos y cincuenta mil moros consta el blasfemo campo, que de extremo á extremo sumas que agotan su cuenta, cubren valles y collados, como nosotros nacidos en nuestra España, escogidos y en guerra experimentados, veinte mil moros le toca á cada cual portugués, que aunque de manos y pies se la ataran, á la poca gente que la cruz ampara de tus leales vasallos, sólo para degollarlos tiempo y manos nos faltara.

Extiende, señor, los ojos por los campos, verás olas moriscas más que amapolas llenos de bonetes rojos; tentar á Dios no es cordura; acometer, perdición; morir, desesperación; buscar milagros, locura. Todo tu ejército pierde el ánimo, y no me espanto, porque entre bárbaro tanto, que agosta su sitio verde, cuando cada moro arroje sólo una flecha no más, ¿cómo resistir podrás docientas mil? No te enojas, pues pides mi parecer, que mi lealtad te aconseje que aquesta empresa se deje, pues á veces suele ser más valor el retirarse que alcanzar muchas victorias.

ALFONSO. Diga Muñiz.
EGAS.

Si es notoria la pérdida, el despeñarse, gran señor, no es valentía; aguardemos que se ausente el sol, y entonces tu gente, sin manifestarla el día, podrá entrarse en Santarén, que si el moro la cercare, lo que su sitio durare, como avisados estén el de Castilla y León con el navarro, no hay duda que vengan en nuestra ayuda sin que falte el de Aragón; y entonces á la campaña podrás seguro salir, y victorioso lucir la restauración de España. Demos al tiempo lugar, si admites mi parecer, que el dilatar no es temer, prudencia, si, el conservar.

PEDRO.

Esto tu ejército pide, esto tu gente responde.

TODOS.

Retirar, excelso Conde.

OTROS.

Retirar.

ALFONSO.

Quando se mide con recelos aparentes lo que el temor dificulta, rara vez de la consulta salen acciones valientes; algo habemos de dejar á la fortuna, soldados, mas ya estáis determinados al huir ó al retirar; déjenme solo en mi tienda, que otra consulta me falta más útil, cuanto más alta. Cuando sus horrores tienda la nocturna obscuridad á juntaros volveré, y entonces abrazaré lo que vuestra voluntad resolviere.

EGAS. Gran señor, Santarén es una villa inexpugnable.
ALFONSO. Esa silla me acercad.
PEDRO. Tiempo mejor el cielo te ofrecerá.
ALFONSO. (Asiéntase.) Dadme esa Biblia y dejadme á solas. Egas, cerradme la tienda.
EGAS. Cerrada está. (Vase.)

ESCENA II

Queda solo y asentado con la Biblia en las manos.

ALFONSO. A aconsejarse con vos mi fe, libro santo, viene, pues cuanto en vos se contiene lo escribió el dedo de Dios. Consultémonos los dos, que por la parte que abriere, lo que primero leyere eso tengo de seguir, que vos no sabéis mentir ni errará quien os creyere.

(Abrela y lee.)

«Hi in curribus et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.»

¡Qué pronóstico, aunque breve, tan propicio á mi valor! Aliéntame el rey cantor en el salmo diez y nueve; dice que el alarbe aleve y los que nos desafían, en las máquinas se fian de sus carros y caballos, y en multitud de vasallos que contra el bautismo envían; mas porque ningún siniestro riesgo nuestra dicha asombre, invocaremos el nombre del grande Señor, Dios nuestro. ¡Oh profeta, rey, maestro de la milicia mayor, vos nos quitáis el temor, nuestras medras confiamos en el nombre que invocamos de nuestro Dios y Señor.

(Lee.) «Ipsi obligati sunt et ceciderunt: nos autem surreximus et erecti sumus.»

Prosigue el profeta santo: «Ellos nos acometieron, pero postrados cayeron entre el horror y el espanto; nosotros, que á nombre tanto como el de Dios aplaudimos, restaurándonos vencimos, sus escuadrones postramos, triunfantes nos levantamos, y blasfemos oprimimos.»

(Lee.) «Domine salvum fac regem: exaudi nos in die, quâ invocaverimus te.»

Remata «el salmo pidiendo que libre al rey que le invoca, que el corazón en la boca el alma le está ofreciendo. Yo desta suerte lo entiendo: que le dé audiencia en el día que invocándole se fía (no en las armas, que es en vano) en el nombre soberano de Jesús y de María; que al rey conserve seguro pide el huésped de Sión: no soy rey yo, ni blasón tan arrogante procuro, Conde sí, defensa y muro de Portugal, Dios su dueño, que de tan preciso empeño tiene de sacarme airoso. ¡Oh, cansancio fastidioso! venció mi sentido el sueño.

(Duérmese.)

ESCENA III

Tocan al arma y dicen dentro los versos siguientes y sale después GIRALDO con el traje que en la cueva, y se levanta DON ALFONSO medio despierto sacando la espada, y detiéndole GIRALDO.

UNC. (Dentro.)

¡Al arma! invencible Alfonso, que el ejército morisco asalta vuestras trincheras.

TODOS. ¡Al arma!

ALFONSO. Nombre benigno, nombre de Jesús glorioso, aceite en tierra vertido por la ingratitud hebrea, siendo la cruz vuestro olivo, favoreced nuestro celo.

GIRALDO. Detente, joven invicto, sosiega el pecho y repara si acaso otra vez me has visto.

ALFONSO. ¡Oh senectud milagrosa! ¿No eres tú el que entre los riscos andando yo derrotado, tesoro te hallé escondido; el que con sabios consejos, con celestiales avisos, mis pasiones refrenaste despertando mis sentidos; el que, cual perla en la concha, en el peñascoso hospicio, alma de su oscuro centro, cerrándote en sus retiros me advertiste ser en vano buscarte hasta que el peligro mayor ocasión te diese de volver á verme?

GIRALDO. El mismo, el propio soy, claro Alfonso. Giraldo fué mi apellido, en la milicia estimado y en los yermos reducido. No temas la multitud de bárbaros, sí, infinitos, tú Alcides, ellos pigmeos, te asaltaren fementidos.

A Senaquerib mató el celestial Paraninfo ciento ochenta y cinco mil blasfemos, como él asirios. Trecientos solos hebreos con Gedeón su caudillo, destrozaron de Madián los innumerables hijos; la mandíbula, en la mano del nazareno prodigio, dió muerte á mil filisteos. Dios, Alfonso, te es propicio; cuando oigas dentro tu tienda el favorable sonido de una campanilla sacra, sal al espacioso sitio de ese campo, alza los ojos, que cuando los tengas fijos en esos globos de estrellas que, engastadas en zafiros, rosas del jardín celeste le sirven al sol de anillos, verás lo que á la experiencia y á tus venturas remito.

No se atreve mi silencio á más que esto, que no es digno lenguaje mortal y humano á explicar lo que es divino. Alienta ¡oh gran portugués! el pecho, pues te ha escogido la Omnipotencia monarca para que, en futuros siglos, por casi cien lustros tengan sus sucesores invictos el portugués solio regio, ellos ramas, tú el principio. Ya tiemblan de sus espadas la Etiopía, junto al Nilo; en Arabia el mar Bermejo; en Asia, el Ganges y el Indo. Reinará tu descendencia hasta parar en Filipo, segundo en los castellanos y en el portugués dominio primero, el sabio, el prudente, y tras él, el santo, el pio, tercero en los de este nombre, heredando su apellido, con dos mundos á sus plantas, el cuarto, el grande, el temido. Esto te promete el cielo, esto en su nombre te digo; ¿quién se atreverá á tus armas si Dios es tu patrocinio? (Vase.)

ESCENA IV

DON ALFONSO solo.

Profético viejo, espera; alienten tus vaticinios pechos que, aunque belicosos, temen tan arduo conflicto. ¡Oh nombre siempre inefable! ¡oh grano eterno de trigo que en Belén, casa de pan, de la espiga virgen quiso

nacer, para que muriendo en heredad del bautismo, produjese mieses tantas como la fe ampara hijos! Pan que maná en el desierto tierno, sabroso y meliflúo, fortaleció cuarenta años el pueblo fiel contra Egipto. Pan que contra Jezabeles, viático en el camino de Oreb, alienta al profeta celador y palestino: Pan panal, que, león primero, cordero ya puro y limpio de la boca formidable para Sansón almena hizo; pan que asegura victorias, á Abraham contra los cinco reyes infieles, que á Lot osaron llevar captivo, en vos solamente espero, en vuestro nombre confío, en virtud vuestra me aliento, yo en vos y vos conmigo.

(Tocan dentro chirimías y una campanilla.)

¡Ay cielo! Esta es la señal que el venerable me dijo; salgo temblándome el alma al campo, aplazado sitio. ¡Qué densas obscuridades al cielo entristecen viudos del sol, su esposo, que á medias parte con él luz y giros! Pero, válgame su amparo; un rayo (cuanto benigno luciente) sirve de Apolo á sus cóncavos jacintos (1); cabellos de Ofir y Arabia peine en el aire dormido y entre el ocioso silencio regocijan sus bullicios.

ESCENA V

Suena música y sobre un trono muy curioso baja un Niño, que haga á CRISTO crucificado, con la decencia que está advertida.

ALFONSO. Ya se añaden esplendores que en su oriente cristalino perfilan nubes, espejos cada cual un sol de vidrio sobre un querúbico trono escabel de sus vestigios: ángeles son pedestales de un piadoso crucifijo.

(La capilla cante «Christus regnat», y ténganse de rodillas.)

Postraos, alma; postraos, cuerpo; ojos de este objeto indignos, reverencialde humillados, que yo con la fe le miro.

CRISTO. Alfonso Enríquez, no temas

(1) En otro manuscrito dice: «recintos».

pelea, yo estoy contigo; si á los infieles asaltas, vencerás en nombre mío. ALFONSO. ¡Oh, serpiente misteriosa de aquel metal peregrino, humano, por mis pecados si por vuestro ser divino, que en el desierto de un monte os colocan los heridos del áspid que venenoso irritaron vuestros vicios! ¡Oh Juez, ya todo clemencia, que para perpetuo olvido de las locuras humanas, aunque al mundo habéis venido á residenciar culpados, sois de suerte compasivo que os echáis á las espaldas la vara de los castigos! ¡Oh pan que levanta el bieldo de la cruz en fe que limpio dice la vil sinagoga *mitamus in panem lignum!* ¡Oh fruto de promisión! pues en vos goza el racimo de la vid de ese madero, la Iglesia (Moisés su tipo), exprímaos la cruz lagar, amáeseos la cruz, mi Cristo, porque en la mesa os gocemos juntamente pan y vino.

(Los ojos en tierra.)

Mas no, mi Dios; no, mi amante; no, mi bien, no necesito veros con ojos corpóreos mientras en la tierra vivo; dejad que mi fe os merezca deseándoos mis suspiros, creyendoos con mis afectos, no viendoos mis ojos tibios; á vuestro glorioso trono estas venturas remito, aquí, mi Dios, se merezca que allá os gozaré infinito. CRISTO. Alfonso, alabo tu celo, agradezco tus servicios, tus afectos me enamoran, finezas tuyas estimo; no disminuyo tu fe, que el haberte aparecido en la cruz corporalmente es por que, habiéndome visto, te fervorice mi amor tú y tu gente, y animosa postréis á mis enemigos. Buscáronte tus vasallos, si con temor al principio, ya por mí de esfuerzo llenos, porque en sus pechos asisto; su rey han de coronarte de Portugal; mis auxilios son impulsos de esta acción, no procures resistirlos. Las armas que á Lusitania otorga mi amor propicio, en cinco escudos celestes han de ser mis llagas cinco;

en forma de cruz se pongan,
y con ellas, en distinto
campo, los treinta dineros
con que el pueblo fermentido
me compró al avaro ingrato,
que después, en otro siglo,
tu escudo con el Algarbe
se orlará con sus castillos.

*(Desclava la mano diestra y da la
bandera con las armas que ha de traer
uno de los ángeles.)*

Yo te las doy de mi mano,
yo con mi sangre te animo,
yo tu estandarte enarboló,
yo victorioso te afirmo.

¡Alfonso, al armal debela
á un tiempo alarbes y vicios.
Reinarás en Lusitania,
y eterno después conmigo.

(Música, y desaparece.)

ESCENA VI

Dichos, menos el Niño que hace de Cristo crucificado.

ALFONSO. Mi Dios, ¿esperanzas tales?
Tal favor, tales cariños,
¿qué no engendrarán de alientos,
qué valor no, qué no bríos?
¿Quién por otro gusto os deja?
¿Quién al amoroso silbo
de tal pastor, tal amante
no pone al mundo en olvido?

(De dentro.)

TODOS. ¡Armal
ALFONSO. Ya apellidan mis soldados
el combate.

EGAS. ¡Alfonso invicto,
al arma, al acometer!

GONZAL. ¡Muera el bárbaro morisco!

ESCENA VII

*Salen todos los PORTUGUESES que pudiesen.
DON ALFONSO.*

PEDRO. Gran señor, toda tu gente
pide la batalla á gritos:
cada cual es un león,
si hasta aquí cordero ha sido;
no los dejes entibiar.

ALFONSO. Hoy del Apóstol divino,
heroico patrón de España,
de nuestro Redentor primo,
es el día venturoso;
su nacimiento festivo
celebra la fe y la Iglesia
lo mismo es que su martirio.
Tantas dichas y favores
en un día á un tiempo mismo,
¿qué victorias no prometen?
Aqueste estandarte, amigos,
estas armas consagradas,
que de los granates ricos
de la redención del hombre
púrpura eterna ha teñido,
bajó á honrar nuestra corona
desde el alcázar impíreo;

sus ángeles las pintaron,
mi Dios su artífice ha sido;
venérenlas por más nobles
de hoy más los franceses lirios,
las barras aragonesas,
los leones y castillos;
eternizarlas promete
por años, lustros y siglos,
la omnipotencia del cielo;
quien nos las dió fué Dios mismo.

EGAS. Pues si Dios á Portugal

con armas ha enriquecido,
rey se sigue que tengamos,
rey en su nombre pedimos.

(Trompetas.)

TODOS. ¡Viva Alfonso, rey primero!

OTROS. ¡Viva Alfonso, rey invicto! *(Música.)*
*(Sube Don Gonzalo en un pavés, y le
yántale en alto.)*

GONZAL. Portugueses, levantalde
sobre ese pavés conmigo.

TODOS. ¡Portugal por don Alfonsol

ALFONSO. Ni repugno, ni resisto
porque sé que Dios lo ordena,
puesto que yo no sea digno.—
Portugueses valerosos,
alentaos, apercebíos
para cuando nazca el sol
en brazos del alba niño
á envidiar vuestras hazañas.

TODOS. ¡Viva Alfonso esclarecido!

ALFONSO. Mi Dios, mi crucificado,
¿qué más vivir que serviros? *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Sale BRITO de moro gracioso.

Hambriento de carne mora,
el día que no la mato,
ó de engañarla no trato,
andó mustio; á la Leonora
desemperramos ayer
y con su Muñiz está;
cercado el moro nos ha
celoso por la mujer;
pues antes que el sol los riscos
aforre de su oropel,
á pesar del Ismarrel
me he de almorzar dos moriscos.
Aún me vengo enmahometado
en mi alquicel y bonete,
y con el nombre de Hamete
á su ejército he llegado.
Dios me la depare buena,
que si á dos ó tres engaño
haremos, año, buen año
para el almuerzo y la cena;
mas, hételos á los dos
que al cielo mi hambre pedía.

ESCENA IX

Salen un ALFAQUÍ y otro MORO.—Dichos.

ALFAQUÍ. No escapará de este día
el cristiano.

MORO. Siendo vos

morabito y alfaquí,
habráoslo ya revelado
Mahoma.

ALFAQUÍ. De él he alcanzado
su destrozo.

BRITO. *(Ap.)* Perro, así,
pues, estaos en ese tema,
que ambos me lo pagaréis.
¡Ah de los moros!

ALFAQUÍ. ¿Quién es?

BRITO. Buzterona Alá y Zálíma.
(Hace una reverencia muy grande.)

¿Quién es vuesa morería
que anda á estas horas en vela?

ALFAQUÍ. ¿Quién sois vos?

BRITO. Só centinela

y hasta ahora he sido espía.

ALFAQUÍ. Yo tengo por Alfaquí
licencia.

BRITO. No se debate,
moro alfaquín ó alfayate,
dese preito más aquí,
que ya mi enojo se apraca
y es justicia que os respete.

ALFAQUÍ. ¿Llamáísos?

BRITO. El moro Hamete.

MORO. ¿Hamete?

BRITO. Hamete y Hasaca,
porque he sido pirinola.

ALFAQUÍ. Pues bien: ¿qué nos queréis?

BRITO. Que penitencia me deis
de una culpa que, aunque es sola,
es la tal culpa mayor
que dos puños.

ALFAQUÍ. ¿Contra Alá?

BRITO. Contra allá y contra acullá,
que soy grande pecador.

ALFAQUÍ. Pues yo que soy alfaquí
y el Alcorán he estudiado,
si me decís el pecado
sabré el remedio.

BRITO. Comí
cuatro libras de jamón.

ALFAQUÍ. ¿Y qué es jamón?

BRITO. ¿Qué? Tocino.

ALFAQUÍ. Quitaos de allí.

(Escupen con asco.)

BRITO. Y más que vino

con chorizo, salchichón
y una morcilla por cabo
de escuadra, pero no fraca,
porque dije, si se saca
un cravo con otro cravo,
ya que hice tal desatino,
porque Mahoma se apraque,
no es mucho que también saque
un tocino á otro tocino,
y más que hubo vino y pan.

(Van andando los tres.)

ALFAQUÍ. Tal bebida y tal vocablo
el Alcorán lo ha vedado.

BRITO. Si le vedó el Alcorán,
por eso vos pido yo
el perdón por mi dinero;
pero decidme primero:
Mahoma, cuando mandó
al moro que nunca coma

tocino, ¿por qué se ofende?
¿De qué manera se entiende
el tocino de Mahoma?
Porque hay mucha distinción,
según lo que yo imagino,
entre el jamón y el tocino
y no mos quita el jamón
el que al tocino mos quita.

MORO. Pues ¿no es una carne propia?

BRITO. Esa es muy gentil gazopía.
Vamos andando; limita
nueso profeta arriero
todo manjar embarazo,
el jamón es un pedazo
y el tocino es todo entero,
si no, escochar la razón.
Quien dice: compre un tocino,
entero á llamarle vino;
quien dice: compre un jamón,
dice un pedazo, esto es vero,
y así la ley de Mahoma
manda que nadie se coma
un tocino todo entero.

ALFAQUÍ. Pues ¿quién le había de comer
entero?

MORO. Bien lo adjetiva.

BRITO. Mahoma nunca nos priva
de lo que es fácil de hacer,
mas de lo imposible sí,
que es su ley muy apacible,
y como es tan imposible
que un tocino quepa en mí
todo entero, hay privación
del tocino y no ha lugar
en no poderse almorzar
lo menos, que es el jamón.
Pero dejando esto á un lado...

ALFAQUÍ. Vos blasfemáis ó estáis loco.

BRITO. *(Andando poco á poco hacia el vestuario.)*

Vamos andando otro poco;
el vino me da coidado,
que es argumento distinto,
porque Mahoma en su estanco
no dijo tinto ni branco.

ALFAQUÍ. Privónos del blanco y tinto.

BRITO. Sí; mas para remediallo
y comprir su mandamiento,
siempre que á beber me asiento
hago voto de mezclallo,
con que no le ofendo en nada
ni hay en qué culparme pueda,
que si el branco y tinto veda
no veda la calabriada.

MORO. ¿Adónde nos alejáis

del ejército? ¿Qué hacéis?

BRITO. *(Echa mano.)*

Adonde, aunque más gritéis,
ningún socorro tengáis.
Coma tocino ó no coma,
alfaquín dell anticristo,
ó adorar en Jesucristo
y errenegar de Mahoma,
ó aparejar el garguero.

ALFAQUÍ. Luego, ¿no eres moro?

BRITO. ¿Cómo,
si almorzándome un solomo
me bautizó un tabernero?

Acabar, que esté de prisa,
y alargarme los gaznates.
ALFAQUÍ. Cristiano soy, no me mates.
BRITO. Pues quedárame en camisa
que soy ropero morisco (1),
y quien cristiano ha de ser
cristianas tien de traer
las ropas.
MORO. ¿Y éstas?
BRITO. Al cisco.
Acabemos.
ALFAQUÍ. ¡Que al fin pudo
burlarnos un portugués!
BRITO. ¡Ropa afuera: acabar, pues!
ALFAQUÍ. Ya acabo.
MORO. Ya me desnudo.
(Desnudándolos saca al uno una servilleta y en ella un pedazo de jamón, y al otro una botella llena.)
BRITO. Hasta quedar en pelota.
¿Qué hay en este borujón?
Un pedazo es de jamón.
Sigán: ¿y estotro? Una bota.
Pues, hipócritas, picaños,
alcahuetes de la gula,
¿jamón y vino sin bula?
¿sois vosotros ermitaños?
(Tráiganto al cuello debajo de la ropa.)
Buenas reliquias al cuello
contra los rayos colgáis;
por Dios, si no os bautizáis,
que os he de pringar con ello.
Éntrense en esa bodega
donde moros deposito
á quien ropa y vidas quito,
que si cada cual me ruega
que le deje cristianado,
un tabernero vecino
lo hará, pues, bota y tocino
es tener lo más andado.
Entrar, señor Alfaquín,
mientras con llave los cierro. *(Dales.)*
ALFAQUÍ. ¡Mahomal!
BRITO. ¿Qué dice el perro?
MORO. ¡Alá!
BRITO. ¿Qué gime el mastín?
Galgos, entrar y chitón, *(Entranse.)*
mientras hacer determino
gorgoritos con el vino,
pinitos con el jamón.
(Come, bebe y vase.)

ESCENA X

*Salen DON ALFONSO y los otros tres PORTUGUESES.
Marcha.*

ALFONSO. Cumplir las obligaciones
del alma en primer lugar,
animosos portugueses,
y alcanzaréis lo demás.
EGAS. Ya todos, rey generoso,
confesados, llorado han,

(1) En el segundo manuscrito se lee este verso:
«que ese ropaje es morisco.»

sus culpas y en el convite
incruento del altar
han recreado las almas.
ALFONSO. Pues en fe del sacro Pan,
sol que entre nubes se absconde,
ambrosía celestial,
cordero cuando pastor,
amor que acechando está
por viriles y canceles
de ese cándido cristal,
la victoria os aseguro;
dioses sois si á Dios lleváis.

ESCENA XI

Sale ISMAEL con alfanje y adarga.—DICHOS.

ISMAEL. Alfonso desvanecido,
rey de un instante no más,
que te coronaste anoche
por que llegues á juntar
el laurel á tus cipreses,
los gozos con el pesar,
¿qué esperas que no te rindes?
Cercado, misero, estás
de trescientos mil infantes,
tigre hambriento cada cual;
no necesitan de flechas,
no de alfanjes que esmaltar
en sangre que el temor hiela,
que á soplos os matarán.
Yo mismo vengo en persona,
compasivo de tu edad,
á que uses de mi clemencia,
acción que no hice jamás.
Dame á Leonora por dueño,
desocupa á Portugal,
niega la ley del Baptismo,
sigue la de mi Alcorán,
casaréte con Celima,
deuda mía, y poseerás
á Jerez de Extremadura
en dichosa y quieta paz.

ALFONSO. ¡Oh, bárbaro descreído,
que, descendiente de Agar,
su esclavitud es tu herencia,
pues ella lo fué de Abrahán!
¿Tú persuadirme á que siga
la secta torpe y bestial
de tus bárbaros errores,
de tu profeta infernal?
Saca el frenético acero,
que presto en éste verás
cuán poco te favorece
tu blasfema impunidad.

(Pelean los dos.)

ISMAEL. Aguarda, desvanecido.
Mis alarbes, ¿qué esperáis?
Segura tenéis la presa;
sino es que saben volar,
no se os irá de las manos.

(Al arma.)

ALFONSO. Ea, héroes de Portugal,
¡cierra España, Santiago!
que en su fiesta peleáis.

(Peleando entran; y salen el Rey peleando, Egas contra los Moros y peleando se entra, luego Doña Leonor peleando, lo mismo los demás.)

MORO. ¡Viva Ismael invencible,
nuevo sol, segundo Alá,
competidor de Mahomal!
OTRO. Aquí de nuestro Alcorán;
que este prodigio del cielo,
este español Anibal,
este Hércules portugués
es de bronce.

LEONOR. Hoy vengarán
mis enojos á mi padre.
Canalla torpe, esperad
á una mujer portuguesa,
porque á sus pies advertáis
que hay Semíramis cristianas,
que amazonas castas hay,
que hay en Portugal Minervas,
prodigios de nuestra edad.

(Éntrense tras los Moros, y sale Giraldo peleando con el mismo traje.)

GIRALDO. En defensa de la cruz,
justo es, canas, que volváis
al ya jubilado acero,
pues Dios aliento nos da.

(Vase peleando.)

ESCENA XII

Sale DON ALFONSO con la bandera de sus armas siempre, y DON EGAS contra los MOROS, y éntrese DON ALFONSO peleando y también los demás PORTUGUESES.

ALFONSO. Ea, valiente Muñiz;
ea, valeroso Páez;
fuerte Amaya, Fria, Coutiño,
Viegas noble, destrozad,
romped, seguid los infieles;
hierba es inútil que está
esterilizando torpe
la católica heredad.
Segadores de la iglesia
sois, su cizaña arrancad,
que Dios, padre de familias,
os apercibe el jornal.
De sus llagas soy alferez,
Cristo es nuestro capitán,
¡vivan con tanto caudillo
las quinas de Portugal!

(Entranse peleando.)

ESCENA XIII

Sale BRITO tras los MOROS.

BRITO. Pollos con agraz por Julio
diz que es sabroso manjar;
pues en el temor sois pollos
yo he de poner el agraz.
Vaya agora aqueste grumo.

(Dales y caen.)

UN MORO. ¡Ay, Mahomal!

BRITO. ¡Y como que hay!
Hendo buñuelos de azufre
en el entresuelo está.

OTRO. Huye de este fiero lobo.

BRITO. No por ahí, por acá:
(Auchilladas los mete en la cueva.)
méntense en la ratonera

donde los chero embolsar
para her dellos baratillo;
aqueste se llama ¡zas! *(Dales.)*

OTRO. ¡Alá, favor!
BRITO. Allá busca,
pues por aquí van allá.

(Entranse peleando.)

ESCENA IV

Salen todos de marcha.

ALFONSO. Murió el blasfemo Ismael.

TODOS. ¡Victoria por Portugal!

ALFONSO. ¡Victoria por nuestras quinas!

GONZALO. Huyendo los moros van.

PEDRO. Innumerables han muerto.

(Ponen la bandera de las quinas en un trofeo eminente, y al colocar la cruz toquen chirimias y todos se hincarán de rodillas cuando lo diga Don Alfonso.)

ALFONSO. Esas armas colocad,
católicos portugueses,
sobre nuestro trono real;
postrar todos las rodillas.—
«Cruz santa que al Leviatán
mortífero nos rendistes,
árbol del segundo Adán,
que la fruta del primero
venenosa, remediáis
con ese engerto pendiente,
Dios eterno, hombre mortal;
llagas por mi bien abiertas,
aunque las abrió mi mal,
que hasta vuestro corazón
la entrada nos franqueáis,
vuestra ha sido esta victoria;
triunfad, mis llagas, triunfad,
y eternice en vuestras quinas
sus blasones Portugal.»

(Levántanse y música.)

Premiemos ahora, amigos,
hazañas que el lauro os dan.
Yo he prometido á la cruz
una Orden militar;
las aves que el vuelo alzaron
cuando nos dieron señal
de esta vitoria celeste

también á esta Orden darán
nombre que no eclipse el tiempo;
que, aunque de Alcántara es ya,
las aves del vaticinio
de Avis la han de intitular.
Sed vos su primer maestre
su caudillo y capitán,
valiente Gonzalo Viegas.

GONZALO. Feliz si tus pies me das.

ALFONSO. A vos, que en vejez dichosa,
Giraldo, pronosticáis
laureles hoy conseguidos,
os tengo de presentar
para arzobispo y pastor
Bracarense.

GIRALDO. Ya mi edad...

ALFONSO. Basta; haráme esta merced
la romana santidad.

Gonzalo Méndez de Amaya
adelantado será
mayor, pues lo es en sus hechos,
del reino de Portugal.

GONZALO. Siglos en vez de años cuenten.

ALFONSO. A vos también, Pedro Páez,
mi alférez mayor os nombro.

PEDRO. Premio es de tu mano real.

ALFONSO. Déle á don Egas Muñiz
por amante y por leal,
Leonor, la mano de esposa,
pues es de mi casa ya
caballerizo mayor.

EGAS. Llegó mi felicidad
á lo sumo del deseo.

ALFONSO. Y á doña Elvira Gualtar,
un tiempo amoroso hechizo
de mis años, mejorar
supo afectos religiosa,
Teresa y Urraca están
á mi cargo y son mis hijas;
la primera casará
con don Fernando Martínez,
Marte en guerra, Numa en paz,
siendo señor de Braganza,
y la segunda tendrá
al noble don Pedro Alfonso
de Viegas, nuevo Anibal,
por consorte esposo y dueño.
Ya surca Matilde el mar,
bella infanta de Saboya,
para que pueda reinar,
como mi esposa en mi pecho,
como sol en Portugal.

ESCENA XV

Sale BRITO.—DICHOS.

BRITO. Vengan á la almoneda.

ALFONSO. ¡Brito!

BRITO. ¿Cherenme comprar
para agujetas de perro,
porque sino rabiarán,
una hacina de moriscos?

ALFONSO. ¿Haslos muerto tú?

BRITO. Verá:

si soy médico perruno,
¿quién los habla de matar?
ALFONSO. Doyte por cada cabeza
cien cruzados.

BRITO. Pues cruzan
y vayan grande con chico,
hételos adónde están,

*(Descubre un montón de moros muertos
unos sobre otros en diferentes posturas.)*

ALFONSO. Cobarde valiente fuiste,
mayores premios tendrás.
De tu aldea eres señor.

BRITO. Pues no me pienso casar.

ALFONSO. Vamos al templo celeste,
á la mesa del Maná,
á las aras del Cordero,
al convite del altar,
donde entre puros viriles
la fe nos muestra al Isaac
de su padre sacrificio,
del mundo felicidad;
cantarále esta victoria
himnos dulces en la paz,
pues han triunfado en la guerra
Las Quinas de Portugal.

Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, así portugueses como castellanos, especialmente del *Epitome* de Manuel de Faria y Sousa, parte 3.^a, cap. 1, en la vida del primer Conde de Portugal, pág. 339; Don Enrique, y cap. II, en la del primer Rey de Portugal D. Alfonso Enriquez, pág. 349 *et per totum*; ítem del librito en latín intitulado *De vera regum Portugaliae Genealogia*; su autor, Duarte Núñez, jurisconsulto, cap. 1. De *Enrico portugaliae comite*, fol. 2 et cap. II; de *Alfonso primo Portugaliae rege*, fol. 3. Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación se pone, con su autor, á los pies de la Santa Madre Iglesia y al juicio y censura de lo que con caridad y suficiencia la enmendaren.

En Madrid á 8 de Marzo de 1638.

El Maestro Fray Gabriel Téllez.

BELLACO SOIS, GOMEZ

PERSONAS

DOÑA ANA.
BOCEGUILLAS.
DON GREGORIO.
MONTILLA.
TRES COCHEROS.
TRES ESTUDIANTES.

DOÑA PETRONILA.
DON FRANCISCO.
UN ALGUACIL.
DOS CORCHETES.
MELCHORA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA ANA, de hombre, como de camino, con la cruz de San Juan al pecho, y BOCEGUILLAS, gracioso.

BOCEG. Esta es la venta maldita
que intitulan de Viveros,
con su alameda, que enana,
ha sido á tanto suceso
otra selva de aventuras.
Aquí tienen su colegio
los grajos de esta comarca,
cuyos pollos los venteros
bautizan en palominos;
y á todo escolar hambriento
le dan grajuna fiambre
en lugar de perro muerto;
aquí cuantos se ensotanán
se matriculan primero;
en toda dama bullaque
todo jácaro cochero;
aquí, en fin, si hacemos noche,
te espera, cuando cenemos,
vino del Monte Calvario,
pan como un veintidoseno,
rocín-ternera en adobo,
barbo, esto sí, jarameño,
corto mantel de la Mancha,
pie de taza por salero,
y, en llegando el tanto monta,
aceitunas de reniegos.

ANA. ¡Ay, francesas hosterías!
BOCEG. Dicen que el rico avariento
fué de Francia.

ANA. Anda, borracho.

BOCEG. Pilatos, sí.
Soy un necio.

(Dentro voces y riña.)

EST. 1.^o ¡Aquí de todo el Alcarria!

COCH. 1.^o ¡Aquí del cochista gremio!
¿Ramos? ¿Garrancho? ¿Palomo?
¿Juan el Zurdo? ¿Gil el Tuerto?

ANA. ¿Por qué serán estos gritos?

ESCENA II

Salen con terciados tres ESTUDIANTES, con giferos tres COCHEROS, y MONTILLA, con daga, riñendo.—DICHOS.

BOCEG. Pendencia es, sin duda, en cueros,
vel jarros, pan cotidiano
de sopistas y cocheros;
calla y verás maravillas.

ANA. Pues aquí nos retiremos,
que gusto de carambolas
semejantes.

BOCEG. Toma puesto.

EST. 1.^o ¡Fuera dije!

COCH. 1.^o ¡Vive Cristo!

¡Téngase todo gifero,

todo gorrista terciado,

todo bribón de convento!

¡El codillo ha sido burro

á pagar de mi dinero!

EST. 1.^o Pues repóngalo.